

LA TARTA Y LAS VELAS DE CUMPLEAÑOS

Después de tantas sorpresas agradables -página web, belén, misa y cena de Hermandad, cartel conmemorativo, concierto, pregón de 1954, conferencias- y los regalos de tantos amigos -Manuel Ureña Delgado, Luis Bedmar Encinas, Juan Rodríguez Bachot, Ntro. Padre Jesús Amarrado a la Columna, Santísimo Cristo de la Misericordia, Samaritanos, Milagros de Jesús, Parábolas de la Misericordia- no podíamos acabar esta fiesta de 25 cumpleaños sin saborear el postre.

Como colofón de este aniversario teníamos preparada esta magnífica tarta: NUESTRA REVISTA.

¿Qué sería una fiesta de cumpleaños sin tarta? La nuestra es enorme, y en cada uno de sus pisos -páginas- hemos encontrado dulces recuerdos, sabrosas anécdotas, deliciosas colaboraciones.

Hemos tenido la oportunidad única de probar todas las porciones. Pero ya os habéis dado cuenta que esta tarta es especial, por que no lleva azúcar, por que se ha tardado veinticinco años en hacerla y finalmente la han podido terminar nada más y nada menos que 37 pasteleros. Dos se marcharon un buen día de nuestro lado buscando al "Pastelero Eterno" y desde entonces, desde ese Obrador Celestial, nos vienen susurrando, para que no se nos olviden, esos extraños ingredientes que, como receta mágica, aseguren nuestro éxito: tres litros de ilusión, cinco cucharadas de amistad, otras dos de cariño y unas ralladuras de comprensión. Se bate y se mezcla todo muy bien, se mete un rato en el horno del corazón y finalmente se espolvorea todo de amor. El resultado es asombroso.

Este manjar no se vende. Se regala en una confitería de Puente Genil llamada cuartel de Las Profecías y lo mejor es que no se pone duro ni correoso, se puede comer todo el año, preferentemente en Cuaresma y Semana Santa, o en cualquier momento que se reúnan, para compartirlo, más de dos hermanos del Grupo.

Seríamos necios si dejáramos que se echase a perder este dulce exquisito.

¿Pero no se os olvida algo? Pues claro. Todas las tartas tienen en el último piso un remate, unas guindas, unas flores. ¡Las velas! ¡Por supuesto! Las velas, con sus diminutas lucecitas, son la alegría de la tarta. No puedo imaginar una tarta de cumpleaños sin velas. ¿Y tú?

Nuestras velitas, en este 25 aniversario, se encendieron y se seguirán poniendo al calor de un día de la Cruz cualquiera, entre sueños de bastonero o costalero, de figuras y romanos, de música y campanita. Son estas luces las que, una vez terminada esta fiesta de cumpleaños, descolgados ya globos, guirnaldas y farolillos, seguirán brillando como inextinguibles bengalas iluminando, en este bendito terruño, nuestros sentires y devociones más queridas. Estas velas no están hechas de cera sino de ilusión y la fuerza que las impulsa constantemente e impide que se apaguen tiene nombre: EL ESPÍRITU DE LAS NEGACIONES.

¿Sabéis de qué espíritu os hablo o estáis tan sordos y ciegos como para no sentirlo? A veces pienso que lo estamos olvidando, que no nos importa perderlo, otras, mirando las fotografías que guardamos en la Corporación y que seguro que muchos tenéis en casa, me convengo de que es imposible que muera. Cuando veo esas comidas en el campo, el equipo de fútbol, las fiestas de Navidad, al hermano disfrazado o la cruz de mayo, me doy cuenta que ese espíritu que ha hecho que los hermanos de Las Profecías tiremos para adelante durante tantos años está ahí, aunque a veces -más de

la cuenta- nos empeñemos en esconderlo. De vez en cuando aflora con fuerza pero lo dejamos escapar y da la impresión de que no nos importa, que no sabemos valorarlo, que tememos abrazarlo fuertemente no sea nos estalle en la cara.

Yo he visto ese espíritu en este veinticinco aniversario, bien es verdad que en menos hermanos de lo esperado, pero ahí estaba. Él ha hecho posible que podamos clausurar estas jornadas conmemorativas con la cabeza bien alta. ¡No lo dejemos escapar de nuevo! Mantengámoslo vivo en nuestra mente y en nuestro corazón y hagamos que su impulso renazca entre nosotros para trazarnos cada nuevo día la meta de la convivencia, de la amistad, de la colaboración, del cariño entre todos, desechando rencillas, enfrentamientos absurdos, apatía indeseable. Sabemos hacerlo. Tenemos la receta y debemos saber transmitirla a esa segunda generación de “negaos” para que ellos también puedan hacer una tarta tan sabrosa como la nuestra.

Para no olvidar esta receta vamos a practicar a diario con sus ingredientes, ya sabéis: tres litros de ilusión, cinco cucharadas de amistad, otras dos de cariño y unas ralladuras de comprensión. Se bate y se mezcla todo muy bien, se mete un rato en el horno del corazón y finalmente se espolvorea todo de amor.

Francisco Javier Reina Jiménez